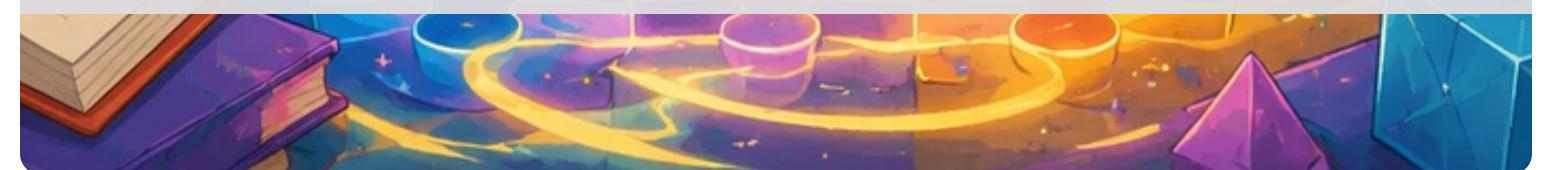




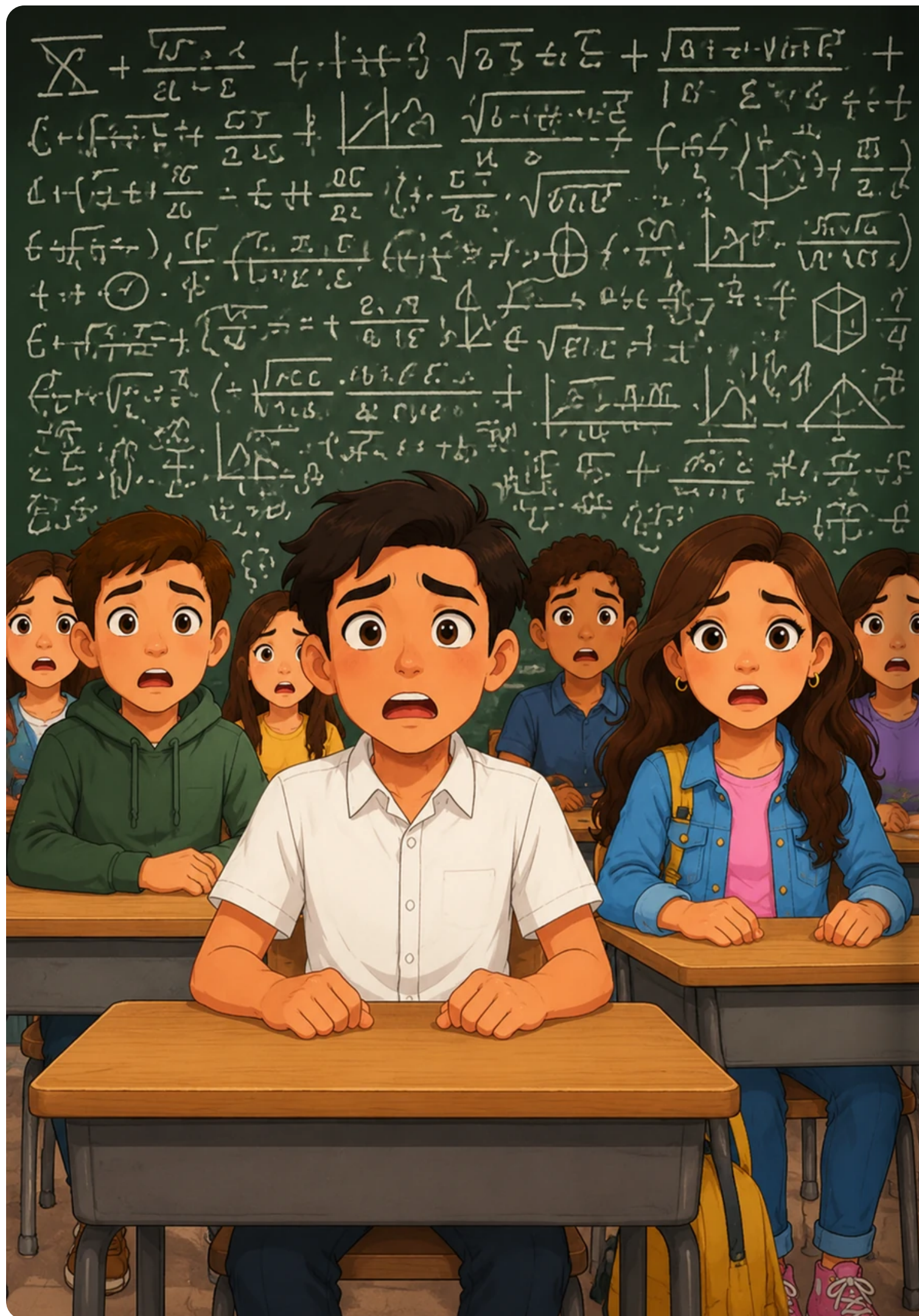
El misterio de las X y las Y

Consolación López López

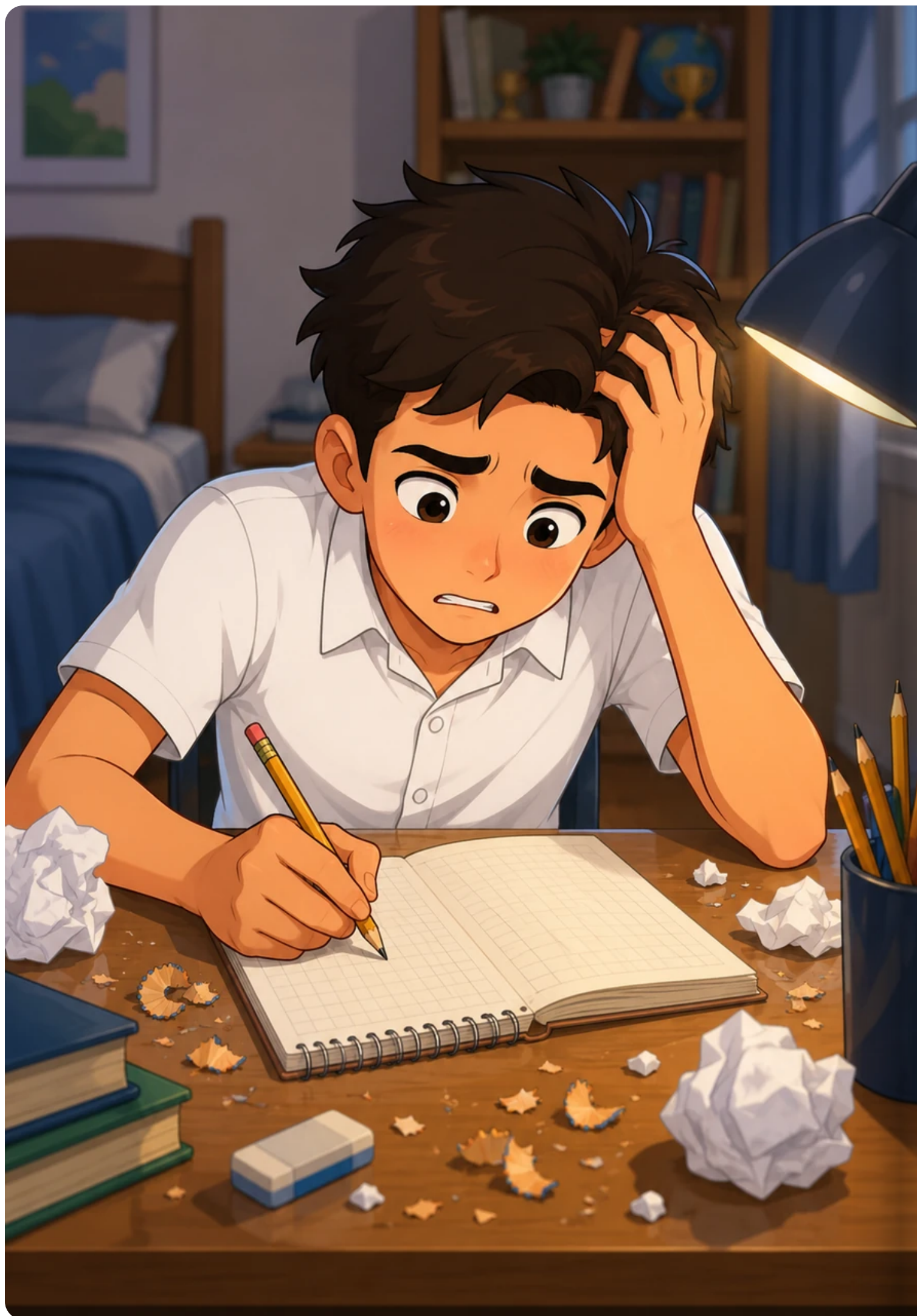




Mateo contempla su nuevo libro de texto de matemáticas de cuarto de la ESO, sintiendo un ligero escalofrío al ver el grosor del volumen. Las páginas huelen a papel nuevo, pero los símbolos extraños en la portada parecen un idioma alienígena que teme no comprender.



En la primera clase, el profesor llena la pizarra con ecuaciones de segundo grado complejas, identidades notables y radicales misteriosos. Mateo mira a su alrededor y ve reflejada la misma expresión de asombro y desconcierto en el rostro de sus compañeros.



Al llegar a casa, se sienta frente a su escritorio decidido a resolver los primeros ejercicios, pero el primer intento resulta en un laberinto sin salida. La frustración empieza a florecer mientras tacha una y otra vez sus cálculos en el cuaderno cuadriculado.



Esa misma noche, Mateo sueña que camina por un desierto de números flotantes y puentes colgantes hechos de funciones algebraicas que se quiebran bajo sus pies. Se despierta sobresaltado, dándose cuenta de que necesita cambiar su estrategia para superar este desafío.



Al día siguiente en el recreo, decide reunir valor y pedirle ayuda a su compañera Sofía, quien parece entender mejor las lecciones de clase. Juntos abren el libro sobre un banco del patio y empiezan a desglosar el primer problema paso a paso.



Sofía le explica las matemáticas usando metáforas sencillas, comparando las ecuaciones con balanzas que siempre deben mantenerse en perfecto equilibrio. Una pequeña chispa de comprensión se enciende en los ojos de Mateo mientras anota los nuevos trucos.



Tarde tras tarde, el escritorio de Mateo se llena de borradores, reglas, compases y esquemas de colores que transforman las aburridas fórmulas en un mapa visual inteligible. Los errores ya no lo desaniman, sino que le muestran el camino correcto que debe seguir.



Llegado el día del gran examen trimestral, el aula está en absoluto silencio y solo se escucha el rítmico rasgueo de los bolígrafos sobre el papel. Mateo respira hondo, lee la primera pregunta y, para su sorpresa, descubre que sabe exactamente cómo empezar a resolverla.



Semanas después, el profesor entrega las hojas corregidas con una sonrisa de aprobación dirigida hacia el fondo de la clase. Al ver su nota escrita en rojo, Mateo siente una inmensa oleada de alivio y orgullo por todo el esfuerzo invertido.



Ahora, Mateo mira el libro de matemáticas no como un enemigo temible, sino como un rompecabezas fascinante que es capaz de descifrar. Se da cuenta de que el verdadero aprendizaje no consiste en ser perfecto, sino en perseverar ante lo desconocido.